Canto dionisiaco sobre la tumba de un amigo

POR JOSE ANTONIO FERNANDEZ DE CASTRO

A la memoria de Otilio Gonzáles, muerto por las armas de la Revolución Mexicana el día 5 de Octubre de 1927.

(Especial para AMAUTA)

DEDICATORIA

A QUIEN MEJOR QUE A TI, indio mexicano, yori yaqui Bojórquez de tan gran corazón como eneregía, de tan gran amor como entendimiento, voy a dedicar estas palabras de tristeza y rebeldía, de consuelo y altivez, mencionando tu nombre al principio de éste mi moderno canto de dolor, a la memoria de Otilio, aquél espíritu reidor y viril, que era tu amigo y por serlo fué mío. ¿A quién mejor que al **Ingeniero** Bojórquez, como él te llamaba, voy a decir mis angustias de hombre y mi resolución de hombre? Tú, quizás más que ninguno, Indio Juan de Dios, comprenderás mis palabras y verás claro mis designios. A tí, **yori yaqui**, viril y delicado como tu raza y tu tierra, van dirigidas. Acójelas.

ESTROFA PRIMERA

¡Hermano Otilio! Y cómo rememoro ahora tu voz sonora y grave, voz de hombre mexicano, y tu gesto altivo y fraterno tan criollo, al darme tu libro de versos, pobres, pobres versos bucólicos! al escribir esas palabras, tu hermano Otilio!

Hermano! cuando abracé tu cuerpo sano y fuerte la última vez, en tu ciudad de Los Palacios, tenía el hondo presentimiento de que nunca más había de estrecharte entre mis brazos.

Y es que había observado tu gesto entre los tuyos, al regreso a tu tierra de México, que veías verde como tu frágil esperanza de abrirte camino en otros muchos que no fuese la roja lucha política, en la que ya una vez, y eras noble y justo en reconocerlo así, te habían vencido con razón, no enarbolaste en gesto de resignación la blanca bandera de la paz. Recogiste tu enseñanza, y plegado sobre tí, felino y ágil, como emigrado de Coblenza, pulido y cortés, mirabas a tus antiguos compañeros, tan frágiles como tú, tan imágenes tuyas como tu mismo, acechando el momento de tu revancha ingente.

No te detenías a pensar, hermano! que atrás de aquél, "tan tú" como tú mismo, estaba el indio campesino, estaba el pálido chafirete de la urbe, el dueño de esa tierra: el único que tiene todos los derechos.

ESTROFA SEGUNDA

Aquí en mi tierra, suave como la brisa, como decían los poetas de antes, cálida como un horno y venal como un político parlamentario, que dirían los de hoy, mi tierra que te acogió, sin darse por completo, que tú no tenías doblez suficiente para adueñártela, fuí tu confidente, tu ¡amigo!

Con aquél fino gesto, tan gentil y fraterno me abriste tu corazón! Aquéllos modales tuyos tan señoriles, aquéllos tus cantos:

una paloma me dijo así
Currui cuicui que triste estoy,

y el otro

Y por esta calle vive
la que a mí me abandonó....,

y tus fraternas dádivas de todo lo que tenías, ¡generoso no sólo el que dá!—y esto me lo enseñaste tú—**sino el que pide!**

¡Como recuerdo tus evocaciones de tu tierra provinciana: Saltillo! ¡Cómo veo a tu madre, ansiosa de su hijo el Diputado ¡Y cómo te sigo luego envelesado en tu **Aventura!**

Supe de tu compañera, generosa, como lo son siempre las mujeres cuando son dignas de ese nombre, que dice de madre y de amada, de hermana y de amiga. Y más tarde el hijo!

¡Y tu tierra toda de México! ¡Cómo la querías! ¡cómo la evocabas!

ESTROFA TERCERA

Parte del afecto que supe inspirarte, radicaba en ese amor tuyo, entrañable a tu tierra. ¡Cómo yo la quería, cómo yo conocía su historia y sentía en mi espíritu sus problemas, como yo indignado con honda curiosidad de amor sobre tu México, palpitaba de pasión ante tus relatos! ¡Tú me diste con tu amistad algo de esa tierra que veías tan tuya que sentías tan integrada al charro, al jaripeo, al sombrero jarano, al sarape de Saltillo, a la india bonita, al botón de plata de tu traje rico de señorito de hacienda!

Si tus ojos se humedecían al referirme la ación homérica de los cadetes de Veracruz cuando Wilson el hipócrita, quiso volar sus costas, tus gestos todos te revelaban al marcarme los hechos de armas de otro jefe cualquiera. ¡Y del indio Zapata, Hermano Otilio, no me habláste nunca!

ESTROFA CUARTA

Cuando, más en ti mismo, referías tu vida de "revolucionario" según tú, y contabas lo que hizo "un charro que iba con ustedes" o el oficial de tal regimiento", todo tú temblabas y parecías un aprendiz de guerrillero mexicano, narrando, la gesta del indio soldado o partidario que moría sin chistar, que no sabía decir una sóla frase, y que al caer o al vencer, no hablaba Hermano.

Y es que tu espíritu viril, tu gesto señorial, tu verbo sonoro y tu intelecto todo respondía al doble del girondino emigrado, que va a emigrar ya de la Francia, enorme y bronco del 71 y 93. Tú sabías que a tí y a los tuyos les robaban derechos, cuyo origen no intentabas indagar siquiera.

¡No veías al indio, el dueño de la Tierra!

ESTROFA QUINTA

Y luego en el barco, que nos conducía, bajo la égida del Amigo grande, a tí al seno de los tuyos, a mí a sentir en mí la realidad entrevista de mi sueño de México, me habláste de tus versos, me leíste tus prosas!

¡Tus versos son muy viriles!—te dije—el señor de la Hacienda, que ordena y dispone el trabajo de los otros, justicieramente pero a su modo!

"Tú Juan, esta vaquita, y tú Jacinta, este ternero, y tú viejo Manuel, éstos haces de leña"

Y luego la mujer, animalito de Shakespeare o "india bonita".

Y en tus versos no había inquietud de estos tiempos, no había, sino el gesto con que tú los acompañabas al decirlos, con tu voz varonil y alegre, tu voz de "guerrillero de caminos", de "Pantaleón el de Guadalupe la chinaca".

Y cuando aquellos muchachos futbolistas de México, cantaban sus cantos, un poco bárbaros, un poco menos armoniosos que los tuyos, te callabas altivamente y ponías cara de no entender.

Zinovief ha dicho:

"Hasta los mismos fenómenos naturales"
"están a nuestro lado: los rayos rojos son"
"los que sostienen la vida. Los azules, la"
"matan. El rojo es el color de nuestra"
"bandera".

Los ojos se me saltan dolorosamente, dilatados por el asombro de una nueva perspectiva.

Ricardo Martínez de la Torre.